

BIBLIOTECA DEL SEMINARIO DIOCESANO DE VITORIA-GASTEIZ

## Paseo por el pasado más sabio.

**Sus inigualables fondos antiguos proceden sobre todo de donaciones de religiosos bibliófilos.**

Alberto González de Langarika, cura del Seminario Diocesano de Gasteiz, se adentra entre anaqueles y antiguas habitaciones de seminaristas repletas de libros. Es un día caluroso como pocos, y el paseo no es corto, pues la Biblioteca del Seminario cuenta con nada menos que 9.000 metros lineales. Los títulos nos emborrachan: por secciones, por autores, por número de ejemplares (seguidos, por tamaño) desde la Monumenta Germaniae Historica, pasando por el Diccionario Castellano Bascuense Latín de 1745, hasta uno de los 20 ejemplares que hay en el mundo del incunable de 1493 Cronica Mundi, una enorme y resistente joya de Hartmann Schedel que despliega ante nuestros asombrados ojos sus más de 1.800 grabados. Para llegar hasta los incunables y los manuscritos de los siglos XV-XVI, antes ascendemos por una estrecha escalera de caracol y, entonces, cuando se nos viene a la cabeza Sean Connery, Alberto abre con llave lo que él denomina "la sala de El Nombre de la Rosa". Claro, no en vano en ella se hallan más de 20 incunables y 180 manuscritos únicos en toda Euskadi, y algunos de ellos en el planeta.

Las Bibliotecas de las Universidades del País Vasco y de Deusto superan en número los 325.000 volúmenes catalogados de la Biblioteca del Seminario Diocesano gasteiztarra, pero esta última se distingue por ser "erudita, vetusta y con piezas inencontrables, de gran valor", la define admirativo el librero de antiguo bilbaino Javier Madariaga, quien compara los fondos de este centro con los que puedan tener San Millán de la Cogolla, el Monasterio de Monserrat o Guadalupe. Así que Alberto González de Langarika y el veterano Bernardo Balza de Vallejo, religioso que lleva 35 años trabajando en la Biblioteca del Seminario, observan que "aquí apenas vienen bibliófilos o libreros de antiguo. Casi siempre vienen los mismos, y a trabajar en la sala de lectura. Hay pocos préstamos". ¿Por desconocimiento? sorpresas constantes Ambos entienden que sí. Madariaga interpreta, por su parte, que esta biblioteca "impone mucho, pues para abordarla hay que estar especializado". Así, entre sus 'tesoros' habría un elenco de impresos de cronistas renacentistas, del siglo XVI, enriquecidos por las obras y colecciones de bibliófilos ilustrados de los siglos XVIII y XIX.

El director de la Biblioteca, José Antonio Badiola, señala que ésta "se caracteriza por la universalidad de los temas que abarca, reservando un lugar preferente, como es lógico, a las secciones de estudios eclesiásticos". Efectivamente, los libros de Teología (dogmática, moral, protestante), Liturgia o Sagradas Escrituras ocupan buena parte de las colecciones generales. Pero en este océano de sabiduría no faltan el Arte, las Ciencias naturales, la Historia, la Literatura o el Derecho Civil, entre otras disciplinas, que en la primera planta corresponden al siglo XX y en parte al XIX, y en la segunda principalmente al XVIII-XIX. Y hay más. Por ejemplo, no hablamos sólo de libros, pues la colección de revistas es inmensa, y entre ellas hay muchas 'muertas', es decir, que ya no se editan. Algunos títulos llaman la atención: Die Antike, Euskal-Erria, Semanario Pintoresco Español, Vita e Pensiero o Revue Apologétique. ¿Idiomas? En esta biblioteca hay impresos en alemán, francés, italiano, hebreo, latín, griego.

## Menores pero decisivos

Una de las riquezas más destacables entre estos fondos la conforman los impresos menores, es decir, hojas sueltas, de temas variopintos, que llegaron encuadradas. "De cara a la Historia, resultan muy importantes", subraya González de Langarika en nuestro recorrido, "pues los libros se conservan, pero los papeles sueltos no". En una amplia estancia, dedicada a los temas vascos, encontramos algunos ejemplos, ordenados por tamaño, como los relativos a la capital alavesa ocupada por los franceses, en la Guerra de la Independencia. En esta sala, los impresos sobre Euskal Herria aguardan a gritos la ampliación y reformas de 2010, pues incluso algunos libros reposan en el suelo. Y los opúsculos, otra sección curiosa. Obras pequeñas, encuadradas, pero casi equivalentes a los folletos actuales. Alberto y Bernardo muestran algunas, así como la amplísima y relevante colección de La Patrología Latina de Jacques Paul Migne, regalada nada menos que por un cardenal del Vaticano cuando se inauguró el nuevo edificio del Seminario en 1930. Ella sola ocupa una pared de estanterías. En el segundo piso se halla el almacén de la editorial de la Facultad de Teología (ESET), y el Archivo Histórico Diocesano, con sus más de mil metros de documentación (Fondo General Diocesano, los de la Catedral de Santa María y el de la Universidad de Parroquias), se sitúa de forma independiente pero complementaria a esta anciana pero vivificante biblioteca, donde no faltaron en el pasado los "libros prohibidos", en la "sala del infierno", donde una tira roja denunciaba, como en El nombre de la rosa, cuáles podían despertar peligrosas ideas en la humanidad.

vitoria. El ambiente que se respira hoy en la Biblioteca del Seminario Diocesano es distendido. Además, es verano y faltan el movimiento y las consultas que generan los estudiantes. Sus componentes se encuentran catalogando o separando libros. En el pasado hubo hasta 800 seminaristas y ahora media docena de personas se enfrentan a los 300.000 volúmenes catalogados y a los más de 20.000 repetidos. Pronto, una reforma posibilitará una reubicación, con más espacio y condiciones de mantenimiento para estos longevos impresos. De momento, han vendido pocos ejemplares de los repetidos, pero la tasación de los fondos resulta dificultosa, debido a su alto valor.

En realidad, la Biblioteca fue fundada en 1854, pero en 1930, con la inauguración del actual edificio del Seminario, el número de libros se engrosó con los de la Biblioteca del Seminario Eclesiástico de Aguirre, alcanzando los 5.000. Muchos de ellos son los manuscritos e incunables que se conservan hoy. Las adquisiciones vienen siendo constantes, y las donaciones, especialmente las de la Biblioteca José María Álava y la de Francisco Juan de Ayala, han ido multiplicando en cantidad y calidad los fondos de este importante archivo. Y las salas que se les llenan cuando fallece un cura y deja su sabio legado. Ahora, por ejemplo, están catalogando más de 200 cajas de libros de uno de ellos. Más lo que llega todos los días, unos dos o tres libros o revistas. "Aquí hay trabajo para cien años", sentencia Alberto González de Langarika. Juan, un documentalista gaditano que está catalogando obras anteriores al siglo XX, da fe de la posibilidad de jubilarse con esta labor. Por su parte, Javier, un pensionista, y un par de chicos contratados para el verano, Ayoze y Alexander, están ayudando a registrar y a separar los libros repetidos. En el caso de Amaia Gallego, competente bibliotecaria pero de gran modestia, "mete las fichas que Bernardo tiene en la cabeza, en el ordenador", relata, jocosamente, Alberto, quien, tras haber sido muchos años director del Archivo del Seminario, admite al guiar con locuacidad y energía nuestro recorrido que "hay que estar enamorado de los libros".

c. m. s.